# Implicaciones bioéticas de la narcoviolencia en México: Caso Cd. Juárez, 2008–2012

VIII Congreso Mundial de Bioética
VIII World Congress on Bioethics

*Bioética Universal*

Palacio de Congresos
Gijón, España. 13–16 de mayo, 2013

Dr. Victoriano Garza-Almanza
El Colegio de Chihuahua
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

---

Al hablar de "implicaciones bioéticas de la narcoviolencia en México", quiero referirme al arquetipo que se ha desprendido de la guerra contra el narco, y al aprendizaje que los niños y jóvenes han tomado como modelo a seguir a partir de las miles de acciones que los criminales han implementado.

¿Cómo se forja el modelo que daña a los jóvenes y que estos, en su ignorancia o falta de orientación pretenden seguir?

La guerra que existe en México es una lucha entre cárteles de la droga por el poder, para hacerse del mercado y del dinero, pues, según David Robillard se trata de un ingreso ilegal que en el país anda entre los 40 mil y 50 mil millones de dólares anuales, y de una batalla que emprendió el gobierno mexicano para someter a los narcotraficantes.

Sin embargo, lo único que lograron las autoridades fue que la lucha que desde hace años existe se hiciera más abierta, más cruenta, e involucrara directamente a la sociedad, como jamás había sucedido en el pasado.

Matar por dinero. Matar por venganza. Matar por llenar el espacio territorial que otro ocupa. Matar por entretenimiento o gusto. Todo esto surgió como una epidemia cuando Ciudad Juárez se convirtió en el laboratorio de la guerra contra el narco en México, y en el año 2008 el gobierno federal encabezado por Felipe Calderón comenzó en sus calles una lucha armada que condujo a la muerte a 10,120 personas en un período de 5 años.

El homicidio de tantas personas es apenas la punta de una hebra que como en tándem, seguidos unos de otros, propició cientos de miles de delitos en contra de la ciudadanía y de la propiedad pública.

Azuzados por la declaración de guerra del gobierno calderonista contra los cárteles de la droga, los correligionarios del narco se aprestaron a tomar por asalto a la ciudad, y en cuestión de semanas –a principios del año 2008– tenían a cientos de sicarios matándose entre sí en medio de las calles de Ciudad Juárez, entrando a hospitales para rematar heridos, a restaurantes para asesinar indiscriminadamente a clientes; a legiones de extorsionadores sometiendo a la gran mayoría de los empresarios, negociantes, y profesionales, especialmente médicos, odontólogos, abogados, y hasta profesores universitarios; secuestrando a cualquiera que se les antojara; despojando de vehículos a personas; invadiendo hogares para robar y violar a las mujeres a la vista a la de sus familias; cometiendo toda clase de atrocidades como si se estuvieran enfrentando a su peor enemigo.

Pero los cárteles no se estaban enfrentando solamente al aparato del estado, pues en su lucha se ensañaron con la gente común, enviando con estas acciones un mensaje de poder y fuerza a las autoridades, tratando de obligar al gobierno a que los dejaran trabajar en paz.

La impunidad con la que fueron perpetrados los crímenes, muchos de ellos ante la mirada de miles de testigos, así como de niños y jóvenes que se aprestaron a filmar las escenas de sangre con sus teléfonos celulares, dio la impresión de que el narco era invencible, que tenía todo el poder del dinero para corromper autoridades, de contratar ejércitos de matones y de comprar voluntades, tanto mexicanas como americanas.

Además, se rodearon de compositores de canciones y bandas de música que les componían corridos a sus actos vandálicos, donde contaban emboscadas, arrebatos de droga a los cárteles rivales, tráfico hacia los EEUU, amenazas, sometimientos, y más.

En esta guerra no hay religión ni ideología que interese, salvo el negocio y el dinero que produce. Y como la muerte es lo que más abunda, los criminales le rinden tributo y la llaman *La Doña* o la *Santa Muerte*. El culto a esta imagen ya se propagó a los Estados Unidos, y se le construyen templos de adoración, y hasta en los supermercados comunes venden veladoras con la efigie de esa figura. Los sicarios le piden a la *Santa Muerte* que les cuide de sus enemigos, y le prometen la sangre de los que van a matar.

Esto que se cuenta aquí no es ni la sombra de lo que ha ocurrido en el período 2008–2012 en Ciudad Juárez, y que los niños y jóvenes conocen y comparten hasta los más mínimos detalles, y que los hace ansiar convertirse en empresarios de la droga o en sicarios. De hecho, en las calles o hasta en la escuela juegan a ser sicarios y lo implementan abusando de sus compañeros y, en casos extremos, secuestrando a otros pequeños a cambio de cualquier cosa.

Paradójicamente, el sistema educativo mexicano, que debería de ser una tabla de salvación para la sociedad en situaciones como esta, está pasando por una de las peores

crisis de su historia, pues su lideresa fue aprehendida recientemente y hoy permanece bajo arresto.

El ejemplo que esa señora daba a los más de un millón 300 mil profesores afiliados al sindicato, era la de un poder supremo. Recientes denuncias de sus colaboradores, quienes manejaban sus cuentas personales, hablan de sus lujos y gastos estrafalarios, pues, en promedio, derrochaba el equivalente a un millón de euros mensuales.

Bajo su dirección, por casi 25 años, la calidad de la enseñanza pública de México cayó a uno de los niveles más bajos de la medida mundial. Y para rematar, con una mentalidad neoliberal de preparar jóvenes para la industria, por considerarla innecesaria, se eliminó de la curricula la enseñanza de las humanidades (historia, civismo, filosofía).

Esta fragua es la que ha estado moldeando a millones de jóvenes mexicanos por décadas, llevándolos a la incapacidad creativa y la improductividad, por lo que encontraron, sin necesidad de buscarlos, patrones de éxito rápido en la conducta de los anti héroes modernos, los que a lo fácil cometen delitos, obtienen riqueza, y matan impunemente sin que nadie los detenga y juzgue.

Pero aunque esto último sucediera, sobre todo si los atrapan  y ejecutan los de los cárteles contrarios, exclamarían como lo hizo un adolescente estudiante de ciudad Juárez cuando le asesinaron al hermano de 24 años por andar metido en actividades del narco:

"La vivió, la gozó, compró lo que quiso, tuvo las mujeres que deseó, ¿qué importan tres días de tortura y luego la muerte si uno se la vive a toda madre? Así quiero vivir y morir, como mi hermano".

Tan distorsionada está la visión de la vida entre los jóvenes, y como sociedad mexicana no creo que estemos haciendo lo suficiente para cambiar estos prototipos conductuales, que uno de los casos criminales más recientes ocurrido el pasado 3 de mayo (2013) da muestra del rumbo que llevan.

Una adolescente de 17 años, que en su más tierna infancia fue rescatada del orfanatorio por quienes se convirtieron en sus padres adoptivos, se confabuló con su novio y un amigo para tomar venganza de una reprimenda recibida y huir del hogar para hacer su propia vida. Al mediodía llegaron los tres a su casa. La mamá de ella los invitó a comer y les sirvió los alimentos y, en un descuido de la señora, la golpearon y ahorcaron. Esperaron la llegada del padre, lo sometieron y también lo ahorcaron. Para asegurar sus muertes, les inyectaron en el cuello cloro mezclado con insecticida. Los sacaron de la ciudad en el portaequipajes del auto, y, ya en el campo, le prendieron fuego al vehículo para deshacerse de los cuerpos.

Al tercer día atraparon a los adolescentes asesinos. Lo que quería la menor de edad era cobrar un millonario seguro de vida de sus padres adoptivos, vender la casa e irse a vivir lo que llaman "*el desgarriate*", el *desmadre*, la vida loca.

¿Qué cosa más antinatural que perder la noción del significado de la vida humana puede ocurrirle a una sociedad, en especial cuando esto les sucede a los más jóvenes, y aún peor cuando estos jóvenes comienzan a idolatrar e imitar a los criminales que quitan la vida sin remordimiento, como lo hace el matarife con las reses en el rastro?

Los niños y jóvenes de ciudad Juárez han vivido en los últimos años bajo la presión de una guerra en extremo violenta, que trastocó el orden común y sometió a los habitantes de la localidad a los excesos de los criminales. Desgraciadamente, se acostumbraron a ello de tanto ver escenas de sangre en las calles, mirar los informativos televisivos que sin censura transmitían los excesos de violencia, hacer tema de conversación diaria de lo que ocurría, y hasta vivir en carne propia la intensidad de esa guerra sin cuartel. No existe la menor idea de a donde los conducirá todo esto.

Mientras tanto, según un reciente estudio de la universidad de San Diego y el instituto Igarapé, los estadounidenses poseen 51,300 tiendas de armas en los Estados Unidos, de las cuales 6,700 se concentran en la región fronteriza con México. En promedio, 253,000 armas son compradas legalmente en ese país e introducidas ilegalmente por los cárteles de la droga a México para su uso en la guerra. Las ganancias para las armerías son de 127.2 millones de dólares anuales. Si el gobierno americano restringiera las ventas en los puntos fronterizos, aproximadamente el 46% de esas armerías irían a la quiebra.

Si las 6,700 armerías se colocaran como atalayas de un muro fronterizo a lo largo de los 3,200 kilómetros que mide la línea divisoria internacional entre México y los Estados Unidos, habría una tienda cada 477 metros.

En resumen, y pensando en los niños y jóvenes que han padecido la guerra calderonista contra el narco, y las vivencias que para los sobrevivientes conformará su modo de vida, entre los años 2008–2012, en Ciudad Juárez murieron asesinados con armas de fuego 510 niños entre 0 y 17 años, algunos de ellos a manos de otros menores. Como contrapartida, muchos de los menores que quedaron huérfanos por la epidemia de asesinatos y que fueron a parar a los asilos de niños, por ser algunos de ellos hijos de criminales muertos en la guerra del narco, fueron desdeñados y no fueron adoptados por quienes buscaban prohijar a algún pequeño.